

Gustavo Vega, La frontera del infinito –método minimomaximalista-, León, Universidad de León, 2005, s/p (pero 110 pp).

El último libro del poeta leonés, afincado en Barcelona, Gustavo Vega, nos remite a dos instancias complementarias. La que presupone una lectura –o contemplación- de los trabajos aquí seleccionados por el autor y la que nos introduce en la labor misma del poeta. No es un libro de poesía al uso, y no ya por el hecho de ofrecernos una muestra de poesía visual –“realizaciones”- de calidad indiscutible, sino porque el lector puede –quizá deba- adentrarse en el territorio protocreativo gracias a la inestimable exposición del “cuerpo teórico”, titulado “- es +, o viceversa (apuntes para un método mínimo-maximalista)”. La combinación de este prólogo con la selección del trabajo de –en palabras del propio poeta- mínimo-maximalismo poético consiguen no sólo un acercamiento y mayor comprensión de la figura del creador sino, lo que conlleva un mérito mayor, seducir al lector, predisponerlo a algo más que a una pirueta humorístico-poética o la rápida asimilación de determinados hallazgos expresivos verbales y plásticos.

La reflexión filológica y filosófica se aúnan para, a la mayor brevedad y haciendo honor al título del libro, indagar sobre el fenómeno artístico

de la poesía plástica y de la poesía en sí. Con su lucidez característica, Gustavo Vega esboza, sin necesidad de justificaciones y sin voluntad de generar amplificaciones vanas, una microhistoria de una parte de su trayectoria poética. Una diacronía que sumerge al lector en los aspectos físicos y metafísicos de la labor creativa de su autor. Aunque *La frontera del infinito* no está construido con textos inéditos, porque fue un libro terminado en 1984 y sus “realizaciones” fueron apareciendo a la luz pública tanto en exposiciones como en diversas publicaciones, ha pasado el tiempo y, por vez primera, lo podemos concebir como un conjunto o unidad estética, al menos de una parte sustancial del proyecto, además de disponer de un prólogo teórico revelador, lo que aumenta el valor que de por sí la obra actual contiene. En el mencionado prólogo, asistimos a detalles internos de la creación que, en el caso de la poesía visual y plástica, son de mucho valor para seguir un proceso no siempre expuesto con tal claridad. Lejos de ser un manifiesto programático, en el inicio teórico de *La frontera del infinito* se nos expone diáfananamente la metodología seguida por Gustavo

Vega hasta conseguir la expresión concreta que observamos con fruición en la segunda parte del libro. Inspirándose en el arte minimalista de los sesenta –de hecho el libro se define como un homenaje a éste-, el poeta visual – anterior a la era informática- recurre a técnicas similares a las del collage, aunque como el propio Vega recuerda se trata de una técnica y de un método afín pero de resultados estéticos y filosóficos diferentes de los del minimalismo histórico. El método orienta al artista en cuanto a los materiales pero al mismo tiempo ese mismo método supone una actitud del artista ante el proceso creativo y ante el mundo.

No se trata de una postura meramente esteticista, es una voluntad de indagación poético-artística que, si bien incluye formas geométricas, trazos, figuraciones, sigue apoyándose profundamente en la palabra poética, a veces en la sílaba, en el fonema. La paradoja en la que el mismo título parece ahondar no supone la finalidad directa de esta poesía, pero sí hay una intención de ruptura inherente a esta concepción de la creación artística. La noción básica de “menos es más” conlleva un replanteamiento de la poesía y del mensaje poético, incluso sólo comunicativo, que rechaza frontalmente lo que el poeta define como lógica proposicional. Desnudar el lenguaje para hallar en el resultado de este proceso, en

ocasiones mutilador, la pureza originaria de la palabra. Para ello, el poeta plástico prefiere recurrir a materiales de base industriales, los periódicos por ejemplo, es decir la palabra sacada de un entorno prosaico, desnaturalizado, para devolverla a su primer nivel, el literario o artístico. De ahí la idea de minimalismo: “Se trata de tomar expresiones lingüísticas o visuales – grafismos, formas plásticas...- ya realizadas de antemano con cualquier tipo de finalidad – publicitaria, propagandística, informativa, etc.-, despojarlas de elementos y de aditamentos –lo que suele equivaler a reducir las, minimizarlas...-, en ocasiones simplemente a descontextualizarlas, de modo que adquieran una nueva dimensión, un significado nuevo, poético.” Descontextualizar las palabras, revelar su auténtica esencia, más allá de la frase o proposición, “raptar” las palabras es el método a seguir para poder crear a partir de ese nuevo y singular tiempo expresivo cada uno de los cauces naturales, que el propio lenguaje tiene de forma inmanente. Y en ese recorrido inverso hacia la naturaleza primaria del lenguaje es donde el poeta más que buscar halla, de forma sorpresiva y casi azarosa, los nexos de expresión entre la palabra y la imagen o la forma.

La experiencia estética perseguida por el poeta se sitúa en el ámbito de lo liminar, de lo elemental que

subyace en la materia esencial de la poesía, la palabra, cuando la despojamos y la reducimos a los mínimos anclajes de expresividad o de lógica, en aras de la esencia poética en sí misma. Pero la noción fundamental sobre la que se asienta la búsqueda expresiva del poeta es, sin duda, el concepto filosófico de la coincidentia oppositorum. Todas las aparentes paradojas, empezando por la del título, se resuelven en un acercamiento metódico hacia el mundo creado y por crear, desde una vertiente conceptual, que asume la oposición de los contrarios no como un problema sino como la verdadera realidad de todo: “La coincidencia de opuestos es fuente inagotable de fantasías, de poesía y, con ello, de placer. Cómo disfrutamos confundiendo en nuestra propia experiencia, dentro de nosotros mismos, los “contrarios”. (...) Instante de eternidad, vivir al mismo tiempo el Todo y a la Nada. Qué gran analogía, el mundo. Qué gozo, la coincidencia de los opuestos cuando, de pronto, se produce en las profundidades del alma.”

Se asume como propia la línea que viene de Tomás de Aquino o Leibniz, entre otros, que pasa por Hegel o Heidegger, y que consagra la contradicción como un motor para el conocimiento verdadero. Al apuntar este pilar conceptual del método mínimo-maximalista, Gustavo Vega coincide con otro poeta plástico, José Manuel de la

Pezuela, especialmente en su conjunto *La gran contradicción*, del que seleccionamos los siguientes versos por la preocupación por la forma y la proximidad conceptual de ambas poesías: “Porque la gran contradicción es lo que da sentido a los opuestos/-ya que sin la oposición de uno el otro no sería nada-/y la tensión entre ellos es lo que les unifica,/negué la afirmación y afirmé la negación/cuando quise atravesar sin compañía/el difícil desierto lleno de espejismos y de estériles palabras.”

Y el mejor ejemplo de toda la brillante teorización del prólogo es, sin duda, la selección de poesía visual que conforma *La frontera del infinito*. Quizá uno de los logros más llamativos del conjunto sea la profundidad narrativa y filosófica que alcanza, obtenida sin embargo con el mínimo de materiales lingüísticos. Lo máximo se genera a partir de lo mínimo, pero éste desvelado por el trabajo de despojamiento ya mencionado. En ese proceso hacia lo pequeño se encuentra el esquema de lo más fundamental, de la idea expresada en libertad, del fonema liberado de ataduras económicas o sociales, mediáticas, que esconden la esencia del lenguaje. No obstante, prevalece una lógica interna que unifica todos los textos y sus realizaciones por encima de lo anecdótico, consiguiéndose un resultado expositivo, que va de hallazgo en hallazgo y que hace de la lectura de

este libro un placer compartido entre el autor y el lector.

Los juegos de palabras cómplices, el humor como expresión última contra la injusticia, los conceptos, las imágenes, son recursos empleados para superar la oposición de los contrarios que domina la realidad pero también para establecer puentes con el lector, destinatario activo de esta poesía. Y la unidad conceptual y metodológica que estructura todo el libro converge con la lograda disposición gráfica del mismo. Tanto el color como las formas geométricas y figurativas establecen un ritmo visual armonizado al detalle con la palabra, el cual, a base de desarrollarse a lo largo del conjunto, le imprime un hilo narrativo-expresivo contundente. Cada "realización" se convierte así en un cuadro donde detenerse a reflexionar sin esfuerzo y en una lectura minimalista, en la que se debe asumir con fruición cada letra, cada rasgo gráfico y fónico, porque hasta las comas sumen nuestra conciencia en un estadio anterior a la mera comunicación, que amplía nuestro campo de visión estético hasta límites desconocidos. En definitiva, al concluir la lectura de *La frontera del infinito* podemos suscribir las palabras de Roland Barthes: "El placer del texto es eso: el valor llevado al rango suntuoso de significante."

Juan Carlos Merchán